



EL PADRENUESTRO

Es la oración que Jesús nos enseñó cuando un discípulo le dijo: «Maestro, enséñanos a orar» (Lc 11,1). En respuesta a esta petición, el Señor confió a sus discípulos y a su Iglesia esta oración cristiana fundamental, considerada como «un resumen de todo el Evangelio» (cf. CEC 2759).

A Dios lo podemos invocar como «Padre» porque el Hijo nos lo ha revelado; pues «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). Pero la paternidad de Dios con relación a Jesús es distinta de la que existe con respecto a nosotros (cf. Jn 20,17). El Padre, por el Bautismo, nos adopta como hijos en su Hijo único y nos incorpora al Cuerpo de su Cristo (cf. CEC 2782).

«Este don gratuito de la adopción exige una conversión continua y una vida nueva... “Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios ‘Padre nuestro’, de que debemos comportarnos como hijos suyos” (san Cipriano)» (CEC 2784).

La oración del padrenuestro ha llegado hasta nosotros en dos versiones: una breve, la de Lucas (11,2-4) con cinco peticiones, y otra, más extensa, la de Mateo (6,9-13) con siete. Esta última es la usada por la Iglesia; comienza con una invocación al Padre celestial seguida de las peticiones. «Las tres primeras, más teologales, nos atraen hacia Él... sugieren lo que, en particular, debemos pedirle: la santificación de su Nombre, la venida de su Reino y la realización de su voluntad. Las cuatro últimas presentan al Padre de misericordia nuestras miserias y nuestras esperanzas: le piden que nos alimente, que nos perdone, que nos defienda ante la tentación y nos libre del Maligno» (CCEC 587). Todas las peticiones forman una unidad y el protagonismo salvador de Dios está presente en todas ellas.

Padre nuestro que estás en el cielo

Con esta invocación nos dirigimos a Dios como Padre «nuestro» y también como hijos suyos y hermanos de todos los hombres.

Al decir «que estás en el cielo» ponemos de relieve que «Dios está más allá y por encima de todo... El cielo, o la Casa del Padre, constituye la verdadera patria hacia la que tendemos en esperanza, mientras nos encontramos aún en la tierra» (CCEC 586).

Santificado sea tu Nombre

En realidad «Dios es el único Santo y sólo Él puede santificar», por eso el término «santificado» lo debemos entender aquí en sentido estimativo, y «pedir que, con nuestra vida y nuestra oración, el Nombre de Dios sea conocido y bendecido por todos los hombres» (CCEC 589).

Dios Padre «nos llama a la santidad» (1Ts 4,7), y nos ha elegido para que seamos «santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1,4). Sólo en la medida en que somos santos, santificamos el nombre de Dios.

Venga a nosotros tu Reino

«La Iglesia invoca la venida final del Reino de Dios, mediante el retorno de Cristo en su gloria. Pero también ora para que el Reino de Dios crezca aquí, ya desde ahora, gracias a la santificación de los hombres en el Espíritu y al compromiso de éstos al servicio de la justicia y de la paz, según las Bienaventuranzas» (CCEC 590).

La búsqueda del Reino de Dios se convierte en el fin principal de nuestra vida, pues sólo en él encuentra el hombre la realización del ideal para el que fue creado: la felicidad plena.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

«La voluntad del Padre es que “todos los hombres se salven” (1Tm 2,4). Para esto ha venido Jesús: para cumplir la voluntad salvífica del Padre. Nosotros pedimos a Dios... que su benevolente designio se realice plenamente en la tierra, como se ha realizado en el cielo. Por la oración, podemos “discernir cuál es la voluntad de Dios” (Rm 12,2), y obtener “constancia para cumplirla” (Hb 10,36)» (CCEC 591).

Danos hoy nuestro pan de cada día

Al pedir a Dios Padre el alimento cotidiano que necesitamos para nuestra subsistencia, reconocemos que Dios es bueno, más allá de toda bondad, y le pedimos la gracia de saber obrar, para que la justicia y la solidaridad permitan que la abundancia de unos remedie la escasez de otros (cf. CCEC 592).

Pero también debemos tener presente que «no sólo de pan vive el hombre» (Mt 4,4). Por eso, Jesús, en el discurso del «pan de vida», nos dice: «trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (Jn 6,27). Por eso la Iglesia ha unido siempre la petición del «pan terreno» con la del «pan celestial» (la Eucaristía), pues ambos son necesarios: uno para la subsistencia terrena y el otro para alimentar el espíritu y alcanzar la vida eterna.

Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...

«Al pedir a Dios Padre que nos perdone, nos reconocemos ante Él pecadores; pero confesamos, al mismo tiempo, su misericordia, porque, en su

Hijo y mediante los sacramentos, “obtenemos la redención, la remisión de nuestros pecados” (Col 1,14). Ahora bien, nuestra petición será atendida a condición de que nosotros, antes, hayamos, por nuestra parte, perdonado» (CCEC 594).

No nos dejes caer en la tentación

«Pedimos a Dios Padre que no nos deje solos y a merced de la tentación. Pedimos al Espíritu saber discernir, por una parte, entre la prueba, que nos hace crecer en el bien, y la tentación, que conduce al pecado y a la muerte; y, por otra parte, entre ser tentado y consentir en la tentación. Esta petición nos une a Jesús, que ha vencido la tentación con su oración. Pedimos la gracia de la vigilancia y de la perseverancia final» (CCEC 596).

Y líbranos del mal

«El mal designa la persona de Satanás, que se opone a Dios y es “el seductor del mundo entero” (Ap 12,9). La victoria sobre el diablo ya fue alcanzada por Cristo; pero nosotros oramos a fin de que la familia humana sea liberada de Satanás y de sus obras. Pedimos también el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo, que nos librára definitivamente del Maligno» (CCEC 597).

Amén

Terminamos con un «Amén», que significa «así sea» o «así es», para confirmar el contenido de la oración que Jesús nos enseñó (cf. CCEC 598).

Abreviaturas:

CEC: Catecismo de la Iglesia Católica.

CCEC: Compendio Catecismo de la Iglesia Católica.

Importancia de la oración

«No hay cosa que no pueda la oración; te salvará aunque estés manchado con miles de pecados; pero tu oración ha de ser fervorosa y perseverante» (San Alfonso M^a de Liguorio).

«Te amo, Señor, y la única gracia que te pido es amarte eternamente. Dios mío, si mi lengua no puede decir en todos los momentos que te amo, quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro» (San Juan María Vianney).

«Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría» (Santa Teresita de Lisieux).

«Debemos amar la oración. La oración dilata el corazón hasta el punto de hacerlo capaz de contener el don que Dios nos hace de sí mismo» (Santa Teresa de Calcuta).

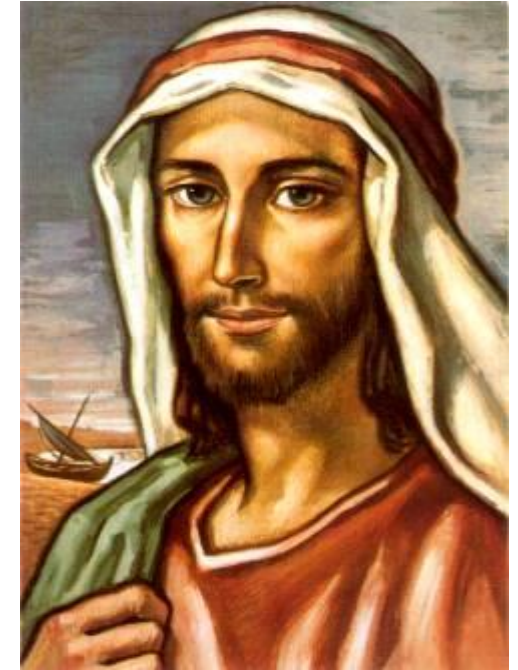
«En la oración recibirás fuerza y luz. Nunca consideres malgastado el tiempo que emplees en la oración. La causa del mal que hay en el mundo y de la tristeza de muchas personas proviene de la falta de oración» (Sor Lucía de Fátima).

«La oración es la fuerza del cristiano y de toda persona creyente. En la debilidad y en la fragilidad de nuestra vida, podemos dirigirnos a Dios con confianza de hijos y entrar en comunión con Él» (Papa Francisco).

* * *

El padrenuestro

La oración del Señor



«Vosotros orad así: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre» (Mt 6,9)